

La guerra de Viola, los derechos humanos y la sangre en la alfombra

por Gregorio SELSER

El general Roberto Viola asumirá, como presidente designado por las fuerzas armadas y sin ningún tipo de consulta al pueblo argentino, el mando de su país el 29 de este mes. A partir de la designación por sus pares, en la Argentina se desarrolló durante meses una campaña de acción psicológica tendiente a cambiar la imagen dictatorial del régimen. Con Viola —es el objetivo de esa propaganda subliminal o abierta— las cosas serán distintas, se avanzará en el proceso de recuperación de algunos aspectos de la vida constitucional, quizás habrá menos militares en la función pública, quizás haya una mayor liberalización en los controles de la prensa escrita, la radio y la televisión, quizás se aligeren los vetos a las publicaciones de izquierda, quizás haya menos rigideces en el juego de los partidos políticos y quizás haya cambios en la filosofía económica que guió un programa de desnacionalización y de ruina de la clase media como jamás se registró en la historia del país. Ni en ningún otro, como bien lo sabe Joe Martínez de Hoz.

EL "HECHO MALDITO"

Todo parecía marchar sobre ruedas, y mucho más desde que con la asunción de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos, quedaron ratificadas las presunciones de que las "tonterías intelectuales" de que habló la halcona Jeane Kirkpatrick refiriéndose a los derechos humanos conculcados por las dictaduras militares del Continente, se volcarían en el gran bote de desperdicios de principios morales y éticos que fueron hasta no hace mucho gala de la administración Carter. Hasta el embajador en la Argentina, Harry W. Shlaudeman, el mismo que tan importante papel jugó en el sangriento derrocamiento de Salvador Allende, hizo llegar a los militares algunas garantías verbales sobre el cambio que se produciría en las relaciones entre Washington y Buenos Aires.

Pero en medio del programa de deshielo local para el que sobreabundan los quizás y están ausentes los hechos, el arresto de seis defensores de los derechos humanos en Argentina coloca otra vez en la prensa internacional el "hecho maldito" de los "desaparecidos". Alguna vez el escritor Arturo Jauretche llamó "hecho maldito" en la historia nacional al peronismo. "Hecho maldito" para la oligarquía, por supuesto. El "hecho maldito" de la Argentina de hoy es el de los millares de "desaparecidos" sobre los que el régimen del general Jorge R. Videla nada aclaró, no obstante el conocido dictamen de la Comisión Interamericana de Derechos humanos (CIDH), organismo dependiente de la OEA. En su momento, el próximo presidente nombrado a dedo por sus camaradas, encontró una denominación poéticamente siniestra para tales "desaparecidos": los llamó "ausentes para siempre".

¿GUERRA O MATANZA UNILATERAL?

En sus conciliábulos con políticos amistosos, Viola no dejó de expresar su esperanza en una especie de "ley del olvido". Puesto que a su juicio lo que hubo en la Argentina fue una guerra y al haber concluido ésta sólo resta que los cadáveres sean sepultados definitivamente, que las diferencias, lutos, odios y etéreas se soterran y sean reemplazadas por una voluntad pacificadora, algo así como un "reencuentro fraterno" entre los argentinos; logrado este marco de convivencia, todo lo demás sería facilitado.

Este espíritu conciliador que tiene por requisito sine qua non la cancelación del "hecho maldito" por parte de millares de familias que continúan confiando en la reaparición con vida de sus "desaparecidos", acaba de retificarlo Viola en las respuestas a una entrevista que le hizo la revista internacional *Selecciones del Reader's Digest*, en el número correspondiente al presente mes de marzo. De esa entrevista, reproducida parcialmente por *Clarín* de Buenos Aires, extraemos los siguientes párrafos significativos: (1)

DERECHOS HUMANOS

"**Selecciones:** —Una de las críticas más graves formuladas al gobierno militar es la violación de los derechos humanos. ¿Qué pasará durante su gobierno?"

"**Viola:** El marxismo revolucionario desató en la Argentina un terrorismo caracterizado por la falta absoluta de limitaciones éticas, cuya violencia y crueldad se desconocían en nuestro país. Fue una guerra. Una guerra impuesta, que la Argentina no deseó ni buscó. En una guerra es incorrecto decir que se violan derechos: esa es una terminología de paz. ¿Qué nación en guerra —en la historia de la humanidad— puede decir que respetó total y absolutamente los derechos humanos? Pero gracias a Dios esto pertenece ya a un pasado doloroso que todos queremos y debemos superar. El tiempo es el elemento que curará y cerrará muy lenta. "y difícilmente las heridas y borrará sus secuelas."

El general Viola confía, evidentemente, en que, al menos hasta el término de su mandato como presidente designado a dedo por sus camaradas de armas —1984— transcurrirá otro lapso indispensable para la curación y cierre de "las heridas" dejadas por lo que él llama "guerra impuesta", y en la cual, según es público y notorio, él mismo jugó un papel de primera línea. Hay un vínculo tácito entre esa función represora que asumió en su calidad de comandante en Jefe del Ejército y por lo tanto responsable de las labores y faenas cumplidas en la "guerra impuesta", y la necesidad de que se realice el milagroso "olvido" que preconiza. No pocos observadores políticos siguen señalando que precisamente su designación supone una garantía de que nada de lo ocurrido desde marzo de 1976, en el cumplimiento de lo que el mismo Viola antes designaba como "guerra sucia", será exhumado para demandar responsabilidades por las vías previstas por la Constitución y las leyes, hoy en suspenso en los ítems que puedan afectar los planes y programas de los militares triunfantes. Es obvio, igualmente, que la designación de Viola es también garantía de que no habrá cambios en el espinoso asunto de los derechos humanos, lo cual se extiende por sus propias características a la irresuelta tragedia de los "desaparecidos".

NUEVOS ARRESTOS

Viola dijo a *Selecciones* que lo de la "guerra sucia" o "guerra impuesta" pertenecía a "un pasado doloroso que todos queremos y debemos superar". Sin embargo, en el reverso de la página de *Clarín* que consignaba ese deseo, una noticia de media página completa mostraba las fisuras de tanta esperanza: se refería a la detención por la policía argentina de nueve personas vinculadas al Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y relacionadas con otras organizaciones defensoras de los derechos humanos. El "pasado doloroso" volvía, pues, en grandes titulares, a tener vigencia tangible y palpable, porque sin excepción seis de los arrestados (el científico José Federico Westerkamp, el ex concejal subsecretario de Educación Emilio Fermín Mignone, el ex concejal socialista Boris Pasik, el copresidente de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, Augusto María Conte MacDonell, la señora Carmen de Lapacó y el abogado Marcelo Parili) tienen un deudo "desaparecido". (2)

Desde Estados Unidos la prensa liberal —y anticomunista y antirrevolucionaria y antimarxista— señaló al día siguiente que esos arrestos eran el primer eco argentino de la brutal "filosofía" impuesta por los halcones de Reagan en materia de repudio a los principios defensores de los derechos humanos (Roger Fontaine, Jeane Kirkpatrick, Ernest Lefever, entre otros que incluyen al propio Reagan). La policía no sólo hizo los arrestos (tres de los detenidos fueron puestos en libertad horas más tarde) sino que además se incautó —como ya lo había hecho en 1979, en vísperas del arribo a Buenos Aires de la misión investigadora de la CIDH de la documentación y archivos vinculados con los casos de "desapariciones". El mismo juez que actuó entonces, Martín Anzoátegui, autorizó los arrestos e incautaciones que se realizaron el 28 de febrero.

El "hecho maldito" volvía a reaparecer, pero en esta ocasión —debe reconocerse la diferencia— toda la prensa escrita argentina lo acogió en forma destacada en sus páginas, en contraste con el silencio o el sigilo con que había afrontado antes de ahora similares procedimientos.

329 DETENIDOS

Gracias a esa franqueza de la prensa local, puede reconstruirse —posiblemente en forma parcial— la motivación de esos arrestos.

Según una declaración hecha en Londres por *Amnesty International*, el doctor Mignone, ex rector de la Universidad de Luján, prestó en septiembre de 1980 testimonio ante miembros de las Naciones Unidas "sobre casos de personas secuestradas por fuerzas de seguridad en Argentina y que nunca más han vuelto a ser vistas". (3). Parte de ese testimonio fue incluido en el informe del grupo de trabajo constituido en el seno de la ONU y luego entregado a la Comisión de las Naciones Unidas sobre Derechos Humanos, que deliberó en Ginebra. "Además, Mignone fue uno de los letrados que recientemente presentaron un recurso ante la Sala I de la Cámara Federal, solicitando la separación del juez Pedro Norvaiz en una causa referida a la presentación de un *habeas corpus* colectivo en favor de 329 detenidos políticos. Eric Stower, coordinador de Derechos Humanos en el Comité de Libertad Científica de la Asociación Norteamericana para el Avance de la Ciencia, reveló ayer que Westerkamp asistió en enero pasado a una reunión celebrada en Toronto, Canadá".

LA ALFOMBRA CON SANGRE

Al día siguiente se informaba del allanamiento del despacho jurídico del abogado peronista y ex senador Vicente L. Saadi. La explicación la proveyó también *Clarín*: "Saadi había participado el mes pasado, en París, en un coloquio internacional sobre defensa de los derechos humanos, al que también habían asistido varios de los detenidos. Esa circunstancia fue destacada en la capital francesa por Pierre Bercy, uno de los coordinadores del coloquio, quien envió un telegrama al presidente Videla solicitando la libertad de los detenidos". (4)

En los días subsiguientes a esos procedimientos en Buenos Aires, la prensa liberal de Estados Unidos y en general la de Europa, igualmente adversaria de las manifestaciones políticas caracterizadas como violentas y/o terroristas, coincidió en censurar al régimen de la Casa Rosada y en establecer la vinculación entre las actuaciones policíacas en Buenos Aires y esa especie de vía libre o luz verde acordada por el elenco reaganista en materia de violación de los derechos humanos. Y de nuevo fue blanco de sus críticas ese ominoso "profesor de Ética y Política Pública", Ernest Lefever, flamante director de la Oficina de Derechos Humanos del Departamento de Estado, autor de la frase: "Estados Unidos no debe castigar a sus leales aliados haciendo demasiado ruido por la sangre derramada en la alfombra". Los seis arrestados en Buenos Aires, lo fueron por hacer bulla sobre este tipo de sanguinolencias.

1) "El peronismo podrá participar en la vida política, dijo Viola", crónica de *Clarín*, Buenos Aires, 10 de marzo de 1981, pág. 5.

2) "Detienen a 9 personas ligadas a la defensa de derechos humanos", crónica de *Clarín*, Buenos Aires, 10 de marzo de 1981, p. 6.

3) "Derechos humanos: continúan detenidos los seis dirigentes", crónica de *Clarín*, Buenos Aires, 2 de marzo de 1981, p. 2.

4) "Acusan de violar la Ley de Seguridad a seis detenidos", crónica de *Clarín*, Buenos Aires, 3 de marzo de 1981, p. 4.